

The background of the book cover is a photograph of a view through a rectangular opening in a weathered, light-colored stone wall. The opening is framed by rough, uneven stone. Outside the opening, there is a clear blue sky at the top, transitioning to a soft, hazy horizon. Below the horizon, a dense cluster of green banana plants with large, broad leaves is visible. In the foreground, on either side of the opening, there are spiky, silvery-green plants, possibly agaves or yuccas, which are partially in shadow. The overall lighting is warm and natural, suggesting a bright day.

Fabio Martínez
Editor

De Comala a Macondo

Contenido

I. De Comala a Macondo 13

Juan Rulfo y García Márquez:
afinidades biográficas y convergencias textuales

Fabio Jurado Valencia 1

Influjos, apariciones y presencias de Comala a Macondo

Patricio Eufracio Solano 2

Pedro Páramo y *Cien años de soledad*:
conjunciones y disyunciones

Bernal Herrera 4

Juan Rulfo y Gabriel García Márquez:
el arte de narrar

Consuelo Triviño Anzola 6

Alcances de una comparación a destiempo:

El gallo de oro y *El coronel no tiene quien le escriba*

Françoise Perus 7

Los ríos del desastre en Juan Rulfo
y Gabriel García Márquez

Adalberto Bolaño Sandoval 9

Juan Rulfo y Gabriel García Márquez:
trovadores geniales que iluminan los pasillos
y las salas de la literatura universal

Mario Rey 11

Juan Rulfo y Gabriel García Márquez: trovadores geniales que iluminan los pasillos y las salas de la literatura universal

Mario Rey

Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno y Gabriel José de la Concordia García Márquez son dos trovadores modernos cuyos caminos se cruzan innumerables veces en la construcción de la gran casa de la lengua y la literatura española y universal. En este 2017, por la celebración del centenario del nacimiento del autor de *Pedro Páramo* y los cincuenta años de la publicación de *Cien años de soledad*, dos de las más grandes obras producidas en el multilingüístico, multiétnico y multicultural universo latinoamericano, heredero de los aedos griegos, los trovadores, los goliardos, las soldaderas y los juglares europeos, los narradores árabes e hindúes, los kataribe japoneses, los contadores y los talladores de caparazones de tortuga chinos, los skomorojis y skazíteles rusos, los bardos y los escaldos nórdicos, los poetas y contadores africanos, hebreos, mayas, aztecas, incas y chibchas, la *Biblia*, las *Mil y una noches*, el *Popol Vuh*, Chaucer, Dante, Boccaccio, Cervantes, Fray Luis de León, Netzahualcóyotl, Garcilaso, Sor Juana, Bernal Díaz del Castillo, Pêro Vaz de Caminha, Eliezer Ben Yehuda, Stevenson, Machado de Assis, Faulkner, y tantos y tantos más, pues la literatura no tiene fronteras ni países, a pesar, incluso, de las diferencias lingüísticas, un antecedente real del Tlön imaginado por Borges, donde todos los hombres somos uno mismo, todos los libros uno solo y toda la literatura poética.

En esa gran casa de la literatura, Juan Rulfo, García Márquez y sus obras se encuentran, se cruzan y caminan juntos innumerables veces, pues son herederos de la gran tradición del Español, su literatura y su cultura, desembarcadas y aclimatadas a sangre y fuego en América, lengua heredera, también a sangre, del latín, el árabe, el mozárabe, el suahili, el hausa, el yoruba, el hebreo, el galaico portugués, el vascuence, el aragonés, el occitano, el maya, el náhuatl, el chibcha, el caribe, y todas las lenguas, las literaturas y la culturas del mundo.

Gabo y Rulfo se topan y se reconocen en sus lecturas, en su idioma, en sus mitos, en su cultura, en sus biografías y anécdotas, pues la literatura no solo está en los libros, no solo se nutre del papel impreso, sino de las biografías de sus autores, de sus historias y de sus relaciones con los compañeros de oficio, los editores y los críticos, de sus verdades y mentiras, de sus bondades y mezquindades, de sus palabras y silencios, de su coherencia, sus contradicciones e incongruencias, así como de sus actos y sus gestos, sus acciones y omisiones. Uno se divierte, se emociona y aprende, sonríe, llora, se carcajea y se encabrona con las obras de los autores tanto como con las comunes cosas de sus vidas.

Lo primero que llama la atención en nuestros dos talladores de papel es la manera semejante como sus nombres heredan y expresan nuestra común cultura decimonónica del bautizo con los nombres del santoral, los abuelos y los bisabuelos, casi siempre paternos: seis palabras en Rulfo y seis en Gabo, si se contaran “de” y “la” como una: Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno y Gabriel José de la Concordia García Márquez, reducidas en principio a dos, Juan Rulfo y García Márquez, y después a una sola, íntima y sonora: Gabo y Rulfo.

Los dos bardos coinciden en la importancia que le otorgaban a los títulos de sus obras, nombres que iban rumiando en la cabeza y el alma durante años, hasta que alcanzaron su forma más eufónica y sugerente: *Pedro Páramo*, que se llamó durante buen tiempo “Los murmullos” y *Cien años de soledad*, “La casa”, un largo proceso de maduración en sincronía con el de las obras que nombraron, sus historias y la manera de contarlas, hasta que un día encontraron el tono y se sentaron a escribirlas como si se las dictara Minerva, en cinco meses Rulfo, y en dieciocho Gabo, siempre atentos a la impresión que sus relatos causaban en los amigos.

Ambos forjaron sus universos narrativos en un lugar de nombre sonoro, simbólico e imaginario inventado a partir de las geografías y las voces evocadas de su infancia: Comala y Macondo; pero es tal el impacto de la materialidad y la realidad que las dos palabras y poblaciones de papel adquieren en la ficción, y es tal su peso en el imaginario colectivo que terminaron siendo más conocidas y concretas que los mundos reales donde nacieron, vivieron, jugaron e imaginaron sus creadores, Apulco, San Gabriel, Sayula y Guadalajara, Aracataca, Ciénaga, Barranquilla y Cartagena, a pesar de que, dice Rulfo, "lo único que hay de realidad es la ubicación", de que las personas "tampoco hablan así", ni "tampoco los rostros" son así, "cualquier persona que tratara de encontrar esos paisajes, no los encontraría".

Comala y Macondo, dos lugares ficticios que cobraron vida, se volvieron legendarios y hoy están tan vivos o más vivos que los que vieron nacer a sus autores, pueblos adonde la gente va con la ilusión de caminar por sus calles, encontrarse con sus autores y sus personajes, y sentirse vivos en sus páginas, a pesar de saber que ambos flotan etéreos entre los reinos de la vida y la muerte, a pesar de saber que Comala es un pueblo muerto y Macondo es arrasado. Los lectores y los oyentes de las historias de Gabo y Rulfo queremos ser parte de su ficción, necesitamos ser parte de su ficción, habitar en Comala y Macondo para trascender la realidad vulgar del mundo en que vivimos.

Los universos míticos de Comala y Macondo abrieron nuevas salas en la gran casa literaria que sus creadores habitaban. La crítica suele decir que Gabo había visitado los salones de la literatura griega, norteamericana, francesa, colombiana, latinoamericana... Él mismo recuerda a Sófocles, Hemingway, Faulkner, Joyce, Woolf, Kafka, Piedra y Cielo, las *Mil y una noches*, la *Biblia*... La crítica dice que Rulfo había abrevado en la literatura norteamericana, europea y latinoamericana, y él mismo añade francesa, nórdica, los cronistas de Indias, Kafka, Salgari, Dumas, Víctor Hugo, Laxness, Hamsun, José María Arguedas... Alguien convoca a Dante, Cervantes, Lope de Vega, Fray Luis de León, Machado de Asís, Guimarães Rosa, Bombal, Neruda, Onetti, Lee Masters... Y la lista de los anfitriones podría crecer y crecer, porque ambos fueron grandes lectores, no solo de literatura sino del arte, en general, del cine, la fotografía, el teatro, la pintura, la música, la danza, la escultura..., porque en cada uno de sus predecesores, como

en ellos, y en su obra, se condensan la literatura y el arte universal, los grandes mitos y temas de la humanidad, la separación, el abandono, la violencia, el rapto, el maltrato, la violación, la búsqueda del padre, el viaje, el regreso al origen, la utopía del paraíso perdido, el incesto, el parricidio, el amor, la traición, el engaño, la muerte, el mundo de los muertos, el miedo, lo monstruoso, la soledad...

La soledad es un tema común a Rulfo y a Gabo en el que la crítica insiste; y sí, en sus obras se percibe que los dos la experimentaron desde muy niños: el pequeño Juan Rulfo quedó huérfano de padre a los siete años, cuando este fue asesinado, como su abuelo, y de madre a los once, y tuvo que recluirse en un orfanatorio de Guadalajara, donde lo "aplacaron bastante", cuenta, precisando: "he aprendido a vivir con la soledad"; al pequeño Gabriel lo dejaron con los abuelos y a los trece años lo mandaron al internado de Zipaquirá; "todo el mundo está solo, y todo el mundo tiene miedo al enfrentar la realidad", dice al recordar la imagen recurrente del niño sentado muerto de miedo ante un rincón, solo.

Juan Rulfo y Gabriel García Márquez también se encuentran en su origen social, los ecos de la guerra y la violencia, la presencia de un juglar que los inició en las artes literarias, su mirada crítica a la sociedad, su rechazo a la injusticia, y en haberlo plasmado todo en su obra artística, lejos de la llamada literatura de protesta o de mensaje social.



El llano en llamas (1964)
Editorial FCE.

Aunque la familia paterna de Rulfo tuvo haciendas, por la violencia vivida en la Revolución Mexicana y la Cristiada, por el asesinato del padre y la temprana muerte de la madre, vivió en condiciones sociales y económicas difíciles. Gabo, en otras circunstancias históricas, por la violencia generada en la lucha permanente por la tierra en Colombia, la Guerra de los Mil Días, la Masacre de las Bananeras y sus ondas expansivas, y por pertenecer a una familia numerosa, también vivió en condiciones adversas. En ese panorama desfavorable, Rulfo tuvo la suerte de tener al tío Celerino que le contaba historias y Gabo al coronel Nicolás Ricardo Márquez, su abuelo; los dos supieron agenciarse o inventarse a los bardos, las historias y los libros que les permitieron abstraerse de la dura realidad, forjar y alimentar su gusto y dotarse de la materia y las herramientas narrativas que los convertirían en dos geniales troveros modernos.

Las obras de Juan Rulfo y García Márquez se encuentran en las salas y los pasillos de la gran casa del idioma Español y la literatura universal como se encuentran en la gran Latinoamérica el hombre costeño y el serrano: García Márquez es el típico caribeño extrovertido, apasionado y optimista, espontáneo, locuaz, dicharachero y fiestero, discreto y diplomático; Rulfo, tímido, impasible y enigmático, hermético, lacónico y pesimista, calculador y discreto; durante varios años sus imágenes mostraron un cigarro que iba y venía de la mano a la boca; Rulfo mira intensamente, tratando de sacar del alma lo que siente y piensa el interlocutor; Gabo sabe lo que uno está pensando y sintiendo; los dos son herederos de una muy añeja sabiduría mestiza; tolteca, nahua, española y francesa, tayrona, española, africana y árabe.

En las entrevistas, Gabo responde rápido, expone ampliamente, se expande, se mueve, levanta la voz, agita las manos, se ríe, contradice, sus escasos silencios anuncian lo que va a decir; Rulfo se demora en contestar, por un tiempo guarda su sabio, mítico e imponente silencio, responde con precisión, sin extenderse, suelta una que otra sonrisa y muchos “sí”, “école”, “sí, pues, ¿verdad?”.

Esas dos formas de ser y de hablar tan distintas y complementarias conforman una misma lengua y cultura, el Español de Nuestra América, nuestro ser latinoamericano diverso, y se expresan en las diferentes maneras de contar de los dos aedos: en general, frases largas y redondas en Gabo: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”; casi siempre, cortas y directas en Rulfo: “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”.

Ninguno de los dos terminó estudios universitarios, aunque ambos lo intentaron. García Márquez, Derecho, por insistencia de su padre, y Juan Rulfo, Letras, por su propio gusto. En la lucha por el pan, ambos recorrieron y conocieron buena parte de sus tierras y sus gentes como vendedores, Gabo de libros y Rulfo de llantas. Pronto encontró García Márquez el oficio de periodista, actividad que no olvidó nunca, y la manera de evadir las trampas que le tiende el periodismo a los escritores, hasta que se pudo dedicar de tiempo completo a la literatura y vivir de

ella. Rulfo, en cambio, tuvo que seguir desempeñando diversos oficios, y se ganó un par de becas. Pero, más allá de sus trabajos, lo que los define es su ser escritor, su profundo compromiso con el arte de la palabra.

Ambos manifestaron su mirada crítica a la situación latinoamericana, Gabo de manera mucho más abierta, militante y política; es de todos conocido su apoyo a la Revolución Cubana y a la Revolución Sandinista, a la oposición contra las dictaduras, a la izquierda, a las negociaciones y los procesos de paz, y aunque mantuvo su apoyo público a Fidel Castro y a Cuba, fue crítico con la URSS y, *sotto voce*, con Cuba; por su posición tuvo que huir de Colombia; porque el régimen no soportaba la crítica lo sindicó de guerrillero; por su postura es admirado por unos y criticado por otros.

Rulfo, de acuerdo con su carácter, con menos protagonismo y volumen, sin interés por la política o los partidos, sin ninguna duda o ambigüedad, declara que respecto de América Latina coincide con Gabo y Cortázar: “lo que hay que acabar es la miseria y la injusticia”, pero no cree que haya otra rebelión en México, “ya hubo un millón de muertos; cada seis años tenemos una esperanza, a ver si las cosas cambian... Y así nos hemos pasado toda la vida...”, dice con sorna y tristeza. Como Gabo, es generoso y apoya a los escritores jóvenes, y no duda en hacer lo que puede desde su lugar para ayudar a la gente: cuando trabajó en migración, donde tenía que “perseguir extranjeros”, “nunca capturé ninguno”, dice sarcástico; de la misma manera cuenta cuando cuidaba la imagen del país en el cine: “Se supone que tenía que vigilar que todos los indios, los campesinos que salieran en la pantalla, llevaran huaraches, para que no fuera a pensar la gente que en México andaban descalzos, y terminaba haciendo que les compraran huaraches a todos los del pueblo”. Por lo mismo escribió un libro acerca de la conquista de Jalisco y contribuyó a la edición de 235 volúmenes sobre las comunidades indígenas en el Instituto Nacional Indigenista.

Aunque hoy existe un gran consenso sobre la genialidad de Juan Rulfo y García Márquez, y sus obras se venden en el mundo entero por millones de ejemplares, inicialmente hubo titubeos, pues ambos rompían con los moldes establecidos; un famoso editor español rechazó la publicación de *Cien años de soledad* y algunos

editores y críticos mexicanos cuestionaron *Pedro Páramo*, cuyas primeras ediciones se vendieron poco y lentamente, mientras su autor iba regalando ejemplares a sus amigos; el mundo de Comala fue censurado en la España franquista, donde *El coronel no tiene quien le escriba* fue destrozado al ser ¡“traducido”! al español peninsular. Pero, una vez publicado, *Cien años de soledad* se vendió sin parar, y poco a poco sucedió algo semejante con *Pedro Páramo*.

Ambos autores estuvieron ante el ojo de cierta crítica inquisitorial poseída por Ftono, y lógicamente sintieron grandes reservas con los críticos, “esa especie de profesionales parasitarios que por determinación propia y sin que nadie los haya nombrado se han constituido en intermediarios entre el escritor y el lector”, decía Gabo, y pretenden decir qué es lo que el artista debe escribir, y qué no, cuándo debe callar y cuándo no. A Rulfo le reclamaban que no hubiera escrito más, y a Gabo que escribió de más... Claro, no se puede generalizar, críticos como Mario Vargas Llosa sobre García Márquez o editores críticos como Sergio López Mena sobre Juan Rulfo son verdaderos ejemplos de la labor crítica que cumple con su tarea de ayudar a leer y comprender las obras, desde sus interpretaciones, sin pretender poseer la verdad o ponerse por encima del escritor o tratar de ajustar la obra a los esquemas de análisis prefijados.

Según la crítica, Rulfo y Gabo se encuentran, entre otros puntos, en la experimentación, la variedad de narradores, la incorporación del mito, el lenguaje y la cultura populares, la elaboración de una metáfora de la humanidad y de Latinoamérica, la ambigüedad y la polifonía, y en la creación de un universo narrativo centrado en un territorio ficticio como el Yoknapatawpha de William Faulkner, a quien Gabo reconoce y rinde homenaje abiertamente, mientras Rulfo guarda silencio.

Señala la crítica la musicalidad y el tono poético en las dos obras; la presencia de la muerte y de seres que van y vienen libremente entre el mundo de los vivos y el de los muertos; su carácter mítico y simbólico; pero ante la excepcional e inexplicable genialidad de García Márquez y Rulfo, algunos incapaces de entender la naturaleza del arte y el genio subrayan su ser intuitivo o su no ser intelectuales, o establecen comparaciones competitivas cuando, en realidad, son dos autores de

gran sabiduría, formación literaria y cultura, dos juglares capaces de leer, interpretar y recrear críticamente el mundo, con conciencia del oficio y de la calidad excepcional de su obra. Gabo y Rulfo son dos genios, no críticos, ni maestros, ni filósofos, ni sicólogos o sicoanalistas, ni historiadores o sociólogos, ni deportistas, y su obra es fuente de placer y conocimiento.

El primer encuentro entre Juan Rulfo y Gabriel García Márquez ocurrió una noche en que *Pedro Páramo* llegó a casa de Gabo con su amigo Álvaro; el universo de Comala deslumbró de tal manera al escritor colombiano recién venido a “La región más transparente del aire” —Humboldt *dixit*— que no se pudo dormir hasta que lo leyó por segunda vez:

Álvaro Mutis subió a grandes zancadas los siete pisos de mi casa con un paquete de libros, separó del montón el más pequeño y corto, y me dijo muerto de risa: “¡Lea esa vaina, carajo, para que aprenda!” Era *Pedro Páramo*. Aquella noche no pude dormir mientras no terminé la segunda lectura. Nunca, desde la noche tremenda en que leí *La metamorfosis* de Kafka en una lúgubre pensión de estudiantes de Bogotá —casi diez años atrás— había sufrido una conmoción semejante.

Reconoce con sencillez y admiración Gabo. Desde entonces Rulfo estaría en la memoria de Gabriel García Márquez, y la crítica señalaría las influencias en el lenguaje, en algunas frases parecidas, en el eco de las voces populares, en el uso del tiempo cíclico o el narrador *in media res*, recursos narrativos empleados ya mucho tiempo en la gran casa de la literatura universal.

Lo cierto es que Gabo reconoció siempre la gran calidad literaria de Rulfo, y le rindió homenaje; lo cierto también es que, estrictamente hablando, no hay tratamientos o temas completamente nuevos, los grandes temas de la literatura y la humanidad ya están ahí desde siempre, condensados magistral y poéticamente, por ejemplo, por Miguel Hernández en un poema cantado y reinterpretado por numerosas voces y ritmos de distintas lenguas y culturas: “Llegó con tres heridas: / la del amor, / la de la muerte, la de la vida...”. Y lo cierto es que nunca se podrá saber el posible efecto de *Cien años de soledad* o *El coronel no*

tiene quien le escriba en Rulfo. Ante el reconocimiento y el homenaje que le solía rendir Gabo, Rulfo decía amablemente que era una amabilidad del creador de Macondo.

Los dos también se encuentran en los pasillos, las oficinas de las productoras, las mesas de redacción de guiones y las oscuras salas del mundo del cine de ficción; en el cortometraje “En este pueblo no hay ladrones”, basado en el cuento de Gabo, Gabriel García Márquez representa a un taquillero mientras Juan Rulfo encarna a un jugador de dominó, rodeados de figurones de la época de oro de México. No sería la única ocasión en que los dos trovadores se toparían en el mundo del celuloide; juntos, con Carlos Fuentes, adaptaron “El gallo de oro” de Rulfo para la película homónima de Roberto Gavaldón.

La gran sensibilidad artística de Gabo y Rulfo, su enorme capacidad de observación y asombro, así como la necesidad de contarlo todo, no se podían abarcar ni satisfacer con la escritura, a pesar de haber creado dos grandes obras cada uno, *Cien años de soledad* y *El coronel no tiene quien le escriba*, *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*; por eso buscaron otros medios de expresión: Gabo, el cine; Rulfo, el cine y la fotografía, con una obra magistral en la que captó en blancos, negros, y una extensa y colorida gama de grises, la magia y el drama de los paisajes, las historias y los retratos de sus narraciones.

Entonces era natural que García Márquez y Rulfo se encontraran en el mundo del cine, una verdadera pasión para los dos; geniales como escritores, autores de dos novelas catalogadas entre las cien mejores del siglo XX, autorizaron y participaron en la adaptación de varios de sus relatos y se sintieron tentados por la escritura de guiones y su posible materialización en el celuloide, “la prueba de fuego de la letra escrita”, decía Gabo: Juan Rulfo, además, fue supervisor de salas de cine, vigilante de la imagen de México en las películas producidas en el país, asesor histórico, explorador de localidades, actor y fotógrafo de cámara fija —con Gavaldón tomó imágenes aéreas de la terminal del ferrocarril de la Ciudad de México, experiencia que dio origen a su magnífica serie ferrocarrilera—. Los relatos de Rulfo han sido llevados a más de cincuenta películas, largometrajes, medios, cortos y documentales. Gabo fue cronista y comentarista de cine;



Cien años de Soledad (1980)
Editorial Argos Vergara.

entusiasmado con el neorrealismo italiano, Cesare Zavattini y Vittorio de Sicca, estudió en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma, donde participó en edición; fue actor, ayudó a financiar varios proyectos cinematográficos, y creó y apadrinó la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y la Escuela Internacional de Cine y Televisión en Cuba.

Mientras Gabo llegó a decir “después de escribir, lo mío es el cine”, Rulfo quedó profundamente decepcionado del mundo del cinematógrafo, como le confesó al poeta José Emilio Pacheco:

Hace tres años el cine asesinó mi cuento “Talpa”, lo despedazó en una película abominable. La posición ideal ante el cine es la del gran escritor Alejo Carpentier: vendió sus tres novelas, *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *El acoso*, y se encargó de la supervisión. Así la obra queda en libro y pasa a un público vastísimo mediante imágenes que el propio novelista ha vigilado.

Al fin de cuentas, ni García Márquez ni Juan Rulfo quedaron satisfechos con las versiones cinematográficas de sus obras; pero Gabo mantuvo su fe en el cine y Rulfo se alejó de él, como se alejó de la fotografía y de la escritura, quizá insatisfecho por los límites de la literatura y el arte para expresar su visión adolorida, desencantada y solitaria del mundo, quizá consciente de la dificultad de satisfacer sus altas expectativas.

García Márquez insistió en la literatura y en el cine hasta los últimos momentos lúcidos de su vida, y escribió varios libros más; Rulfo también, sin que lograra plasmar en el papel sus historias como esperaba, pues destruía todo lo que no le satisfacía, todo, como hizo con una novela sobre la ciudad de México, por “retórica, alambicada”; pero ninguno de los dos, como Cervantes, Homero o Dante, logró escribir otra obra maestra como *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad*. El arte, la creación, es un verdadero milagro, extraordinario, inexplicable y maravilloso. Es sorprendente, entonces, que nuestros dos genios literarios se hubieran encontrado en la Región más transparente del aire, y una grande y feliz coincidencia haber tenido la fortuna de vivir en su época, leerlos, escucharlos y verlos...

Mientras los recuerdo en la escritura, por esas cosas raras de la vida, paso por la fachada del edificio en donde don Juan Rulfo escribió *Pedro Páramo*, en Río Tigris 84, colonia Cuauhtémoc, a una cuadra de donde vivo, y por la casa de la calle de La Loma 19, colonia San Ángel Inn, por el cuartito en donde don Gabriel García Márquez escribió *Cien años de Soledad*, al fondo, como el taller de la casa de Úrsula Iguarán donde la alquimia y los pescaditos de oro de Melquíades y el coronel Aureliano Buendía se siguen fundiendo, a pocos metros de la línea del nostálgico tren con los saludos de su silbato y el trac trac trac de los vagones sobre los rieles, a media cuadra de donde viví mis primeros años en México recordando el tren amarillo que transporta como bultos de plátanos los miles de pobres muertos y desaparecidos de nuestras comalas y nuestras aracatacas, muertos y desaparecidos que no se olvidan ni se pueden ni se deben olvidar.

Yo los recuerdo a los dos junto a Carlos Fuentes entrando a la célebre cantina La Ópera, Rulfo en el medio, tomado del brazo por Gabo y el autor de *La muerte de Artemio Cruz*, a fines de agosto de 1984, al salir de una de las sesiones en las que se le rendía homenaje a Octavio Paz en el Palacio de Bellas Artes por sus setenta años de vida y por su obra, seis años antes de que recibiera el Premio Nobel, a sólo dos de que lo hubiera recibido García Márquez. Era una intensa y gozosa fiesta de palabras, y los artistas, los poetas, los narradores, los periodistas, los amigos y los lectores comulgábamos con la música del organillero y los fuegos artificiales del verbo, y los ancestrales y espirituosos jugos del agave, la uva y la cebada, y éramos una sola familia amante de la literatura.

Con emoción evoco la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes —donde los participantes de la VI Semana Cultural de Colombia en México y centenares de asistentes le rindiéramos homenaje a Gabriel García Márquez por sus setenta años de vida y los treinta de *Cien años de soledad*— y la cantina La Ópera, las voces de Octavio Paz, Félix Grande, Vasko Popa, Álvaro Mutis, Pablo Antonio Cuadra, Eduardo Lizalde, Cobo Borda, Eugenio Montejo, Gonzalo Rojas, con quien tuve el placer de compartir esa noche una cerveza, mientras miraba, atento y curioso, a la mesa situada debajo del orificio que Pancho Villa había dejado como recuerdo celebratorio del fugaz momento en que la Revolución Mexicana popular, mestiza e indígena, había pasado por el Palacio Nacional para tomarse

efímeramente el poder en una foto con Emiliano Zapata, el otro gran caudillo revolucionario, en la silla presidencial del águila azteca que siguieron ocupando los blancos de siempre. Una historia que aparece simbólicamente retratada en la obra de Juan Rulfo y García Márquez, una historia que nos refleja y debemos volver a leer una y otra vez, ahora a propósito del centenario de Rulfo y el medio siglo de *Cien años de soledad*: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar...” “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre...”